

Discípulos de Jesús hoy

Fundamentos bíblicos para una hermenéutica teológica

MARÍA CLARA LUCCHETTI BINGEMER*

RESUMEN



El presente artículo pretende ofrecer una reflexión teológico-espiritual sobre el tema del discipulado cristiano. Su método consiste en recorrer puntos nodales del texto bíblico que describen el discipulado, empezando por el Antiguo Testamento y llegando a la novedad de Jesucristo y su Buena Noticia. En seguida busca resaltar las consecuencias de ese discipulado en cuanto exigencias comunitarias, eclesiales y misioneras. Concluye con algunas pistas que caracterizan el discipulado cristiano hoy en América Latina.

Palabras clave: Cristología, discipulado, vida cristiana, amor, seguimiento.

Abstract

The present article intends to offer a theological-spiritual reflection on the theme of Christian discipleship. The method is that of studying key biblical texts that describe the discipleship, beginning with the Old Testament and ending in the novelty of Jesus Christ and his good news. Then it searches to emphasize the consequences of that discipleship regarding its

* Maestría en Teología, Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, Brasil. Doctorado en Teología Sistemática, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma. Posdoctorado en Teología, Katholieke Universiteit Leuven, Kuleuven, Bélgica. En la actualidad decana del Centro de Teología y Ciencias Humanas, profesora asociada, Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, Brasil. Correo electrónico: agape@rdc.puc-rio.br

communitarian, ecclesial, and missionary exigencies. It concludes with some topics that characterize the Christian discipleship of today in Latin America.

Key words: Christology, discipleship, Christian life, love, following.

La Iglesia del continente se prepara para la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Aparecida, Brasil, en 2007. El documento de participación ya ha llegado a las comunidades y ayuda a que todo el pueblo de Dios pueda participar y prepararse para ese gran momento de comunión eclesial que reunirá al continente.

En este artículo pretendemos ofrecer una reflexión teológico-espiritual sobre el tema de la conferencia: el discipulado cristiano. Nuestro método consiste en recorrer puntos nodales del texto bíblico que describen el discipulado, empezando por el Antiguo Testamento y llegando a la novedad de Jesucristo y su Buena Noticia.

Ahí nos detendremos, para percibir los delicados y al tiempo exigentes matices de lo que implica ser discípulo a partir del Nuevo Testamento. En seguida veremos las consecuencias de ese discipulado en cuanto exigencias comunitarias, eclesiales y misioneras. Finalmente, concluiremos con algunas pistas que nos parecen urgentes e importantes para caracterizar el discipulado cristiano hoy en América Latina.

EL OÍDO Y LA LENGUA DE DISCÍPULO

Desde muy temprano, el pueblo de Israel se comprende a sí mismo al escuchar lo que Dios le dice. El escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica ha sido lo que ha hecho que Israel, amada con locura por Yahvé, haya podido seguir adelante en la dinámica de la alianza. Pese a sus muchas infidelidades, Israel ha sido una y otra vez llamada y desposada, invitada a entrar de nuevo en el camino del amor, y ha respondido a la elección y a la llamada de Dios con todo su corazón, todo su entendimiento, todas sus fuerzas.

La alianza es la clave por la cual el pueblo de Dios se autocomprende, experimenta y comprende el amor de su Dios. A lo largo de toda la historia de Israel, la alianza de amor hecha por Dios con el pueblo es alimentada por

tres fuentes principalmente: (1) la *Torah*, la ley de un pueblo libre, pedagoga de la vivencia del amor; (2) los profetas, responsables de hacer que el pueblo no se aleje de la alianza y vuelva siempre a los brazos de su Dios; (3) la sapiencialidad, que enseña como ser fiel a la alianza en todas las situaciones vitales, incluso aquellas que tocan los límites de la condición humana.

Los profetas, portavoces de Dios y del pueblo, han comprendido este misterio y lo han vivido en sus vidas, muchas veces con dolor y desgarró. Han entendido su vocación como un discipulado en el cual eran constante y pacientemente enseñados por Dios. Llamados a escuchar su Palabra y poseídos por su Espíritu, llevaban esa Palabra que les quemaba la boca y las entrañas y la decían y transmitían a su vez al pueblo, para que volviera al amor de su Dios.

El segundo Isaías profetiza en una situación de sufrimiento y dolor. En el exilio de Babilonia el pueblo se siente infeliz y desesperanzado. Parece que todos los caminos se cerraron. Semejante a la situación del pueblo latinoamericano, los israelitas exiliados sufren la opresión, la injusticia, la nostalgia de la tierra que fue suya y se preguntan si Dios los ha abandonado. El profeta presenta en sus cantos la figura del Siervo que sabe escuchar con atención el plan de Dios, soporta los sufrimientos inherentes a la misión y confía en la protección y auxilio del Señor. Su actitud de confianza inquebrantable contrasta con la del pueblo a punto de sumergirse en el dolor y la desesperanza.

En el tercer canto del Siervo el segundo Isaías presenta su estilo de discipulado, inseparable de su ministerio de la Palabra. Introduce ante nuestros ojos qué es y qué implica la identidad, la vocación y la misión del Siervo, que es ante todo un discípulo que escucha amorosamente y se deja moldear y enviar por la Palabra de Dios. En ese texto bellísimo e inspirador vemos toda la aventura y el destino del discípulo que es elegido en favor de un pueblo que sufre. Es alguien que escucha, que obedece, que es enviado y que da frutos.

En este texto en el que el profeta habla al mismo tiempo de sí y de los otros creyentes entre los exiliados en Babilonia, podemos sentir toda la honda y misteriosa vocación del discípulo:

El Señor me ha dado una lengua de discípulo para que sepa sostener con mi palabra al cansado. Cada mañana me despierta el oído para que escuche como

los discípulos. El Señor me ha abierto el oído, y yo no me he resistido ni me he echado atrás. (Is 50, 4)

El profeta sigue desplegando y aclarando igualmente cuál será el destino de ese Siervo que se dispone a ser discípulo con toda su persona. Y nos ofrece ahí una prefiguración de lo que será más tarde el discipulado cristiano:

Ofrecí mi espalda a los que me golpeaban, mis mejillas a los que tiraban mi barba; no oculté la cara ante los insultos y salivazos. El Señor me ayuda, por eso soportaba las ofensas, por eso endurecí mi cara como una piedra, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién me denunciará? (Is 50, 6-8)

El discípulo puede transmitir la Palabra y consolar de parte de Dios porque él mismo escucha cada mañana y tiene el oído abierto. Está siempre en comunión con el Dios que le habla amorosamente y le envía. Para sostener al que está cansado y devolver esperanza al que está abatido, hay que ser enseñado por Dios. Y el discípulo del que habla el segundo Isaías es persona de oración y dócil al Espíritu de Dios. Soportará los sufrimientos que le advendrán por cumplir lo que ha oído, y no los rehuirá. Enfrentará los conflictos y no intentará escapar de ellos. Porque confía plenamente en aquél que le despierta el oído y la lengua y le consuela, para que sea a su vez el consolador de un pueblo que está a punto de perder la esperanza y la confianza.

JESÚS DE NAZARETH: EL SIERVO COMO MODELO DEL DISCÍPULO

En el Nuevo Testamento, el ministerio de Jesús de Nazareth se realiza y es comprendido desde esa clave de la figura del Siervo. Jesús será visto y reconocido por sus discípulos y por todos los que creerán en él como ese Siervo obediente, que escucha a Dios y al pueblo incesantemente, y que carga sobre sus hombros los sufrimientos y enfermedades de todos, a fin de traerles el consuelo y la liberación.

Jesús es al mismo tiempo la Palabra y el perfecto oyente. Es el Verbo de Dios vuelto hacia la contemplación del rostro del Padre desde toda eternidad (cfr. Jn 1,1), y por su encarnación será el rostro del Padre vuelto hacia la humanidad (cfr. Jn 1,18.) Hijo de Dios, vive del amor que le trasmite el Padre que le comunica todo lo que es. Y a aquellos que hace sus discípulos enseñará todo lo que ha escuchado como perfecto discípulo e hijo amado

del Padre, a fin de que sean en el mundo su rostro, su boca y su cuerpo dado en oblación y servicio a todos.

Los testigos de la primera hora tuvieron necesidad de encontrar nombres y títulos para anunciar y proclamar la misteriosa identidad de este hombre, con quien un día se encontraron y a causa de quien tuvieron su vida enteramente alterada. Aunque no podamos, en los límites de esta sección, analizar todos estos títulos, que son numerosos, señalaremos algunos que puedan ayudarnos en nuestro propósito de conocer mejor el misterio de Jesús, hecho de una fecunda tensión entre historia e interpretación. También, y no menos, que nos ayuden a comprender mejor la novedad que trae consigo el discipulado cristiano, que consiste en ponerse en seguimiento de ese Jesús.

Jesús, el Mesías (= el Cristo - Cristoj)

Christus es la forma latina del griego *Christós*. Esta palabra corresponde al hebreo *māšiah* y designa alguien que fue solemnemente ungido para desempeñar un cargo. La forma helenizada de la palabra hebraica es *mesías*, que aparece en el Nuevo Testamento griego sólo dos veces y apenas en Juan (Jn 1,41; 4,25). En las dos veces, es traducida por *Christós* por el mismo evangelista y se refiere a Jesús de Nazareth.

Lo decisivo a resaltar con relación a la Palabra en el Nuevo Testamento es que el testimonio neotestamentario relativo a Jesús de Nazareth es conscientemente "cristológico", a pesar de las diferencias de detalle con la expectativa mesiánica del judaísmo de la época. Siempre que se habla de Jesús en el Nuevo Testamento, se lo trata como Cristo-Mesías. Esto significa que en todo el Nuevo Testamento el mesianismo ya no está bajo el signo de la expectativa, sino bajo el del cumplimiento. En toda parte se habla del acontecimiento de Cristo en el tiempo pasado del verbo.

Seguramente la mirada del evangelista se dirige también para el porvenir, e incluso algunas veces con mucha intensidad. Pero aquél a quien se espera, como alguien que ha de venir, es en realidad alguien que vuelve. No es un desconocido. Al contrario, es tan conocido para los suyos -que lo esperan con impaciencia- como ellos lo son para él (cfr. Jn 10,14: el Evangelio del Buen Pastor).

El nombre de Jesucristo abarca, pues, para la fe cristiana mucho más que la mesianidad de un cierto Jesús de Nazareth, en quien Dios cumplió las promesas hechas al pueblo de Israel. Para el Nuevo Testamento, toda la salvación que Dios había planeado y dispuesto para el mundo, está conectada a Jesús, en cuanto Cristo. Y si Cristo –título honorífico– pasó a ser una parte constitutiva del nombre de Jesús, esto significa que con él se expresaba el rasgo esencial de su apareamiento histórico, que era, al mismo tiempo e inseparablemente, el presupuesto de toda su obra como mediador de la salvación. Y esto incluye su sumisión obediente a la voluntad del Dios, que él llama de *Abbá*, Padre.

En esta línea, el “sí” de Jesús a su vocación mesiánica significa para el kerigma de las primeras comunidades cristianas el presupuesto de su camino para la cruz y de su resurrección y glorificación. Jesucristo no es un Mesías triunfal. La expresión más completa de su mesianidad se encuentra en el llamado himno cristológico, incorporado por Pablo a su Carta a los Filipenses (Flp 2,5ss), que describe el camino de Jesús en kénosis, humillación y obediencia, hasta su exaltación a la diestra de Dios.

Para la comunidad eclesial será algo de fundamental importancia percibir y seguir el camino vivido por Jesús de Nazareth en la etapa terrena de su vida, etapa que se caracteriza como de vaciamiento-servicio y en la que la comunidad observa actitudes, prioridades, comportamiento, predicación y opciones de Jesús. Además, percibe que esos elementos de su vida histórica tienen valor paradigmático.

Para recobrar el mesianismo de Cristo, es necesario volver a Jesús de Nazareth. Pero entonces nos encontramos con una novedad impensada: Jesús es un Mesías crucificado. Y esto debe ser incorporado también en la comprensión actual del Mesías.

Y aunque no se trate de *imitación literal* y sí de *seguimiento creativo y nuevo a cada paso*, la comunidad se siente llevada por el mismo Espíritu que impulsó a Jesús durante su vida: el espíritu del servicio, en favor de la vida para todos, comenzando con los más marginados, aunque las circunstancias donde ese seguimiento tendrá que darse sean diferentes y puedan cambiar a cada día.

El mesianismo de Jesucristo, sin ser como un regalo que ya recibió plenamente el cumplimiento de las promesas de Dios a su pueblo elegido, recuerda que se debe estar siempre en tensión de cara al futuro, en dirección

a lo que ha de venir. Porque sobre ese Mesías esperado tan ansiosamente por el pueblo la fe cristiana proclama no sólo que ya vino, sino que vendrá otra vez con gloria.

La existencia cristiana, por tanto, desde el mesianismo de Jesús, es llamada a ser un constante discipulado de la esperanza. Es el aprendizaje del anuncio de la Buena Noticia de que aquél que ya vino, vendrá y reconocerá a todos los suyos, y por ellos será reconocido. Mientras tanto, el discípulo debe seguirlo, en la obediencia, en la humildad y en el servicio constante y despojado.

Jesús, el Señor (Kgrioj)

La palabra griega califica un señorío que goza de legalidad y representa una autoridad reconocida. La designación de Jesús como Kgrioj corresponde al tratamiento que se daba a Jesús terreno. Posiblemente remite al título de *rabí* (maestro), que implica el reconocimiento de su persona como Señor, así como la disposición de obedecerle (cfr. Mt 7,21; 21, 29 ss; Lc 6,46). Esto hace que Jesús esté por encima de las instituciones humanas y religiosas, como el sábado, y significa que las palabras del Jesús terreno tienen autoridad incuestionable para la comunidad, incluso después de su muerte y resurrección.

La invocación de fe Kgrioj –originada sobre todo en la comunidad helenística pre-paulina– significa que la comunidad neotestamentaria se somete a su Señor (Flp 2,11). Como exaltado, Jesucristo domina sobre toda la humanidad y todo el cosmos. Delante de él, todos los seres del cosmos doblarán las rodillas, una vez que honrando a él, se honra al propio Dios padre, a la derecha de lo cual él está (Ef 1,20; 1 P 3,22). De esta forma, Jesucristo recibe los mismos títulos que Dios (cfr. 1 Tm 6,15; cfr. Dn 2,47). En la época neotestamentaria, por tanto, ya se pensaba –aunque no en una reflexión profundizada y desarrollada– en la relación de Jesucristo con Dios padre. El Nuevo Testamento será la base sobre la cual trabajará la doctrina trinitaria eclesial posterior.

Sin embargo, la proclamación de Jesucristo como Señor tiene una particularidad que la hace diferente de todos los otros señoríos y completa el perfil de este Señor que es el centro de la fe cristiana desde los orígenes hasta nuestros días. El *señorío* de Jesucristo es inseparable de su *servicio*. Su

señorío se revela en un servicio humilde y sin triunfalismos. El Señor exaltado es inseparablemente el Siervo de Dios y es a causa de su condición de siervo que se le puede proclamar Señor.

El concepto de Siervo, presente, por ejemplo, en Mc 10,44, tiene indudablemente el telón de fondo de Is 53, o sea, trae consigo el *'ebed yhw*, centro de interés de los cánticos del Siervo de Dios, que según una antigua tradición fue aplicado a Jesús. Este tema prepasa todos los evangelios sinópticos, aunque muchas veces no expresó con la palabra siervo (*doulós, païs*), pero como *hyiós (hijo)* (cfr. Mc 1,11 y pars., bautizo; Mc 9,7, trasfiguración).

En Juan no aparece la denominación de Jesús como Siervo (*païs* o *doulos*), pero sólo como Hijo (*hyios*). Sin embargo, según las circunstancias del Evangelio, se da también el motivo temático del siervo (cfr. Jn 13, 4ss: *el lava-pies, servicio humilde del esclavo, realizado por Jesús a las puertas de su pasión*). En Juan, además, aparece también Jesús bajo la imagen del Cordero de Dios (*to arniōn tou theou* = *to arni n tou theou*), que tiene claras referencias al Siervo de Is 53, que "como un cordero llevado al matadero, no abrió la boca" (cfr. v. 4-7).

Jesús no es, pues, comparado solamente con un cordero, pero Jesús es el Cordero de Dios (cfr. Jn 1,29.36; At 8,32; 1 P 1,19). Esta presentación de Jesús como el Cordero de Dios tiene un triple significado:

1. At 8,32 hace resaltar su paciencia en el sufrimiento;
2. 1 P 1,19, con las expresiones "sin defecto y sin mancha", resalta la impecabilidad y perfección del sacrificio de Jesús;
3. Jn 1,29.36 señala la fuerza expiatoria de la muerte de Jesús, que saca, quiere decir, apaga el pecado del mundo.

Así, Jesucristo, el Señor exaltado a la derecha de Dios padre, es inseparablemente el siervo que se vacía de las prerrogativas gloriosas de su condición divina, para entrar en un camino de obediencia que lo llevará hasta el sacrificio de la cruz (cfr. Flp 2,5ss). Es el cordero que por su sacrificio saca el pecado del mundo (Jn 1,29; At 8,32, 1 P 1,19).

Eso implica, para todos los cristianos, que entrar en el camino de Jesucristo para ser su discípulo es ineluctablemente entrar en su obediencia, en su servicio humilde, en su fidelidad al *Abbá*, Padre, hasta la muerte de cruz, en su amor a los hermanos hasta dar por ellos la vida. Sólo entonces se

podrá participar en su gloria, en la medida en la que la infinita ciencia y el señorío de Dios lo determinen.

EL DISCÍPULO DE JESÚS: ALGUIEN QUE ESCUCHA Y RESPONDE CON LA VIDA

Los elementos distintivos de la identidad del discípulo cristiano son, por tanto, ante todo, la escucha a la llamada de Jesús, la respuesta creyente y amorosa, la vinculación a una comunidad de fieles y la misión que la comunión de vida y destino con Jesús le va a llevar a desempeñar. La verificación de la autenticidad del discipulado podrá ser percibida en los frutos que de ahí broten.

La alegoría de la viña, en Jn 15, remite al discipulado ya presente en el seno del pueblo elegido y rescatado en nueva clave por el cuarto Evangelio. La vid en la experiencia religiosa del pueblo de Israel es uno de los íconos que expresa su identidad como pueblo de Dios, portador y destinatario de una alianza de amor. En varias ocasiones, en el Antiguo Testamento, Israel se representa como la “viña de Dios”.

En el capítulo 15 de Juan, en el contexto de su despedida de los discípulos, Jesús los instruye sobre el futuro del discipulado después de su muerte. Ahí vuelve a la inspiradora imagen de la viña para significar qué es ser discípulo, qué implica, a qué conduce. El es la vid verdadera de la cual el pueblo es un símbolo, una imagen. Es Jesús quien produce finalmente los frutos que Dios ha estado esperando durante muchos siglos. Los frutos del discipulado, entonces, sólo serán posibles gracias a la comunión con Jesús. Ellos constituirán el criterio último de la veracidad del discipulado.

La relación de Jesús con sus discípulos comienza con una llamada. Jesús convoca a quien quiere en los más diversos lugares –junto al lago, en el camino, en la montaña, en una comida–, en diversas circunstancias –la cotidianidad, el trabajo de pescador o de recaudador de impuestos– y con una propuesta bien definida: estar con él y ser enviados a predicar. Mientras en el judaísmo rabínico eran los discípulos quienes escogían la escuela y el maestro, aquí pasa algo nuevo. La novedad de Jesús es que él llama por propia iniciativa y lo hace con autoridad. “No me eligieron ustedes a mí; fui yo quien los elegí a ustedes.” (Jn 15,16)

Esta llamada o vocación no es algo individualista y subjetivo sino personalizante y comunitario. Es totalizante, exige la vida entera de aquel o aquella que escucha la llamada. Ubicada en el proyecto de salvación, en un contexto eclesial concreto, es algo exigente y vital. La llamada de Dios por boca de su hijo Jesús se realiza de manera directa, sensible y evidente, pero también, a menudo, a través de mediaciones diversas, que convergen y se aclaran en la mediación comunitaria y social. Pide oídos atentos y obedientes para ser escuchada. Y desde el primer momento es una llamada a compartir la vida, el destino y la misión de Jesús.

El punto de partida del discipulado cristiano es, por tanto, un encuentro con la persona viva de Jesús, que puede darse en muchos lugares y circunstancias: en la escucha de la Palabra, en la mesa de la comunión, en situaciones vitales donde la mente y el corazón humanos son puestos en jaque y muy especialmente en el rostro del otro. Del otro pobre, carente, infeliz, cuya revelación es una epifanía de la presencia divina.¹

En un segundo momento se da la respuesta, que generalmente es inmediata e impulsa al nuevo discípulo a desinstalarse y a dejar o relativizar todo: familia, bienes, costumbres y a seguir al Maestro. Éste será para ellos de ahora en adelante el único absoluto. La relación maestro-discípulo no se reduce tan sólo a una relación de enseñanza y aprendizaje intelectual, sino que implica comunión de vida y asimilación de un estilo y de un destino comunes. Jesús precede a sus discípulos y los incorpora a su camino. El seguimiento del discípulo es "ir detrás de" Jesús con fidelidad y coherencia en la puesta en práctica de su mensaje. Nunca podrá pretender el discípulo ser más que el maestro, pero "le bastará ser como su Maestro" (cfr. Lc 6,40).

Esta renuncia radical que es pedida a los discípulos tendrá entonces para su vida tres implicaciones: (1) Su vida será regida por una nueva jerarquía de valores, donde el amor de Jesús iluminará todo y pondrá cada cosa en su

1. Cfr. NMI No. 49: El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es de desear que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: "He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme." (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo.

debido lugar y grado de importancia; (2) será llevado a descentrarse de sí mismo y sus apegos y secretos compromisos con la iniquidad para centrarse solamente en Jesús y su seguimiento; (3) vivirá en un constante discernimiento de espíritus, preguntándose a cada rato y a cada paso cuál es la opción mejor, más adecuada y más ajustada al querer de su Maestro; (4) y todo eso lo conducirá a una nueva disponibilidad para el aprendizaje vital que constituye el discipulado.

Ese cambio radical de vida está lejos de ser una actitud provisoria que dura mientras el discípulo no llega a ser maestro. Del principio al fin no hay más que un Maestro, Cristo (Mt 10,24s; 23,8). Por eso, la vinculación de los discípulos a su maestro es infinitamente más estrecha e íntima que la de otros maestros. Jesús llama los discípulos "para que estén con él" (Mc 3, 14), participando de su camino errante, de su carencia de domicilio e incluso de su peligroso destino. Se trata de una comunión total y carga en sí la fuerza y el contenido de una confesión de fe y de vida en Jesús como Mesías. Confesar esto con la boca y la vida podrá llevar el discípulo hasta el final del testimonio, o sea, al martirio.

La respuesta del discípulo, por tanto, no corresponde a un saber intelectual, sino que es su vida misma, dada y ofrecida para que otros tengan vida. Ella se da en un itinerario de fe que parte de la llamada y el encuentro con Jesús, pasa por la conversión, sigue en fidelidad hasta la cruz y da testimonio de la resurrección, al grado de estar dispuesto a dar la vida por los demás. Seguimiento y testimonio, hasta el culmen del martirio, son por tanto dos dimensiones fundamentales del discipulado. Implican dar vida dando la vida.

INCORPORADOS A CRISTO: LA PRIMACÍA DEL AMOR

Vocación y seguimiento están, en el discipulado cristiano, íntimamente unidos. Cuando Jesús llama y la persona responde afirmativamente la dinámica del amor se ha puesto en marcha. El discípulo responde con la vida al amor que se manifiesta primero, que se anticipa, se propone y se ofrece entero y sin reservas por parte de Jesús.

Ahí comienza el camino del discipulado, que implica por una parte el seguimiento en el amor, la amistad y la comunión con Jesús, que permite participar de su vida divina, con el fin de aprender de él; y, por otra, la

exigencia de compartir su estilo de vida y su destino, que no es otro que el camino hacia la gloria del Padre, los cielos nuevos y la tierra nueva, la Jerusalén celeste, a la que se llega por el camino de la entrega y del sacrificio por amor al Reino, muy especialmente en el servicio concreto a los más pobres y desposeídos.

La participación en la vida divina es un don gratuito del Señor que exige del discípulo una fe profunda y una disponibilidad a un nuevo nacimiento por medio del bautismo. Bautizado, el discípulo es sumergido en la muerte de Jesucristo para desde ahí resurgir para una vida nueva. Y la vivencia del bautismo será un ejercicio de conversión y el aprendizaje vital de este amor en Cristo. Desde este momento, el discípulo ya no está solo, sino es incorporado a una nueva familia, la comunidad eclesial. Y la gracia que recibe viene acompañada de diversos dones y carismas, que deberán ser puestos al servicio de esa misma comunidad.

La identidad del bautizado es marcada toda ella por una dinámica pascual. Significa muerte al "viejo hombre" y a todo cuanto constituye el reino de las tinieblas. Esta muerte y rotura radical implica un estar dispuesto, como Jesús, a dar su vida hasta sufrir y morir por el pueblo. Ahí está el sentido último de la existencia de todo cristiano.

Tal conversión se da por una identificación del cristiano con Jesús: "...por una muerte semejante a la suya (...) a fin de que, por una resurrección también semejante a la suya, podamos no más servir al pecado, pero vivir para Dios" (Rm 6, 5-11). Y vivir para Dios significa empezar a comportarse en el mundo tal y como Jesús se portó. Ser pro-existentes, o sea, existir no más para sí, sino para Dios y para los demás (cfr. 2 Co 5,15).

Pero la condición para que la fecundidad del discipulado sea un hecho es una sola: permanecer con Jesús. Y permanecer con él es permanecer en su amor. Por eso, Jesús también pide una sola cosa: "¡Permaneced en mi amor!" Y lo hace desde el secreto más profundo de su vida: ser amado por el Padre. "Como el Padre me ama a mí, así los amo yo a ustedes." (V. 9). Igualmente el discípulo es alguien que ha sido amado, que es amado y por eso puede amar y regalar el amor que recibió y sigue recibiendo.

Cada discípulo, en ese proceso de amoroso seguimiento de su Señor, tiene identidad propia, según los distintos modos particulares de vivir su bautismo, bien sea en la niñez, la adolescencia, la juventud, la madurez o la

condición de adulto mayor; bien sea como laico o laica, consagrado o consagrada, presbítero u obispo; o en las diversas formas de organización de la comunidad cristiana, o bien en el ejercicio de una actividad o profesión concreta.

Sin embargo, en cada etapa, estado de vida u oficio, el discípulo entiende que no puede dar fruto por sí mismo, sino que necesita permanecer en aquel que le trasmite la savia preciosa del amor. La imagen de la vid y los sarmientos es sugerente y elocuente. La dinámica del discipulado será la permanencia y la comunión con Jesús, sin el cual “nada se puede hacer” (Jn 15, 5). Ahí está el secreto de la santidad, a la cual todo discípulo es llamado.

Todos los discípulos, de cualquier raza o condición, están llamados a la santidad, que consiste en nada menos que permanecer en Jesús y que Jesús permanezca en él o ella. (Jn 15,7). Así como Jesús permanece en el Padre y el Padre en él (Jn 14, 10-11). Y los frutos que brotarán de esa comunión que deberán ser concretos y transformadores de una realidad injusta y opresora serán la gloria del Padre: “La gloria de mi Padre está en que deis mucho fruto, y seáis mis discípulos.” (Jn 15, 6-8). “Por ello, imitar la santidad de Dios, tal y como se ha manifestado en Jesucristo, su hijo, no es otra cosa que prolongar su amor en la historia, especialmente con respecto a los pobres, enfermos e indigentes.” (*Ecclesia in America*, 30)

LA FORMACIÓN DEL DISCÍPULO: SER COMO EL MAESTRO

Toda la convivencia de Jesús con sus discípulos fue un proceso progresivo y paulatino de formación. Los cuatro evangelios son itinerarios que describen las etapas, los destinatarios, los espacios, los medios, las formas didácticas y las finalidades para las cuales deseaba formarlos.

La formación del discípulo tiene como primera finalidad ayudar a desarrollar la asimilación a Jesús, el proceso por el cual el discípulo podrá llegar a tener “los mismos sentimientos de Jesucristo” (cfr. Flp 2, 4). Al interior de esta progresiva y radical identificación, el discípulo comprende la misión de Jesús, y al dejarse amar por él fortalece su propia identidad, que no es otra que la del Maestro mismo. “El discípulo bien formado será como su maestro.” (Lc 6, 40). La formación es, pues, un verdadero proceso de cristificación que determinará un nuevo estilo de vivir.

Este estilo de vida supondrá para el discípulo la toma de conciencia constante de las formas concretas por las cuales Jesús le ama y sigue amando. Así, será llamado a redescubrir cada día el sentido de su vocación y misión, teniendo en cuenta que ha sido llamado por Jesús con nombre propio, a fin de permanecer en su amor y dar frutos de justicia y santidad. La respuesta del discípulo será entonces la práctica obediente del amoroso querer del que le ha amado primero, siguiéndolo con fidelidad y coherencia. Ese seguimiento lo llevará a dar al amor de Jesús respuesta semejante a la que el mismo Jesús ha dado al amor del Padre.

El “permanezcan en mi amor” de Jesús es una llamada permanente. A ella se responde guardando sus mandamientos como él mismo ha guardado los mandamientos de su Padre (Jn 15, 9-10). El discipulado no se reduce, por tanto, a puro sentimiento, sino se demuestra con un compromiso firme y una práctica concreta, “cumpliendo sus mandamientos”, o sea, queriendo lo que él quiere y haciendo lo que él hace. Este será el camino que el discípulo recorrerá al seguir fielmente detrás de su Maestro.

La respuesta del discípulo a la gracia de la vocación por amor es una opción fundamental que debe renovarse día tras día. Por eso, la formación debe entenderse como un “camino de conversión y medio para la fidelidad” (Documento de Santo Domingo, 72), lo cual exige un trabajo continuo sobre la propia persona y un proceso permanente e integral que tenga en cuenta, tanto el crecimiento en la vida espiritual del discípulo, como su capacitación y la proyección de toda su persona en la misión, el servicio pastoral, siendo testigo de la misericordia, del perdón y de la reconciliación propuestos por Jesús.

En la formación de sus discípulos, Jesús se preocupa en asimilarlos e identificarlos siempre más a su propia persona por la permanencia en el amor. Para eso no cesa de acercar su vida y la vida de ellos, su relación con ellos y su relación con el Padre, enseñándoles a sentir como él, actuar como él, vivir como él, ser como él (cfr. todo Jn 15). Por eso, en la formación de los discípulos de hoy la Iglesia es llamada a ofrecer a los que desean seguir a Jesús los medios de formación de que dispone.

Los sacramentos de la iniciación cristiana merecen aquí un destaque especial. El bautismo, punto de partida de toda la vida cristiana, da al ser humano una nueva identidad. La confirmación es para los discípulos de

Jesucristo hoy lo que fue Pentecostés para los primeros discípulos. Al recibir la unción, el confirmado recibe una marca, el sello del Espíritu, que es el mismo Espíritu que movía a Jesús siempre en dirección a la obediencia al Padre en la vivencia plena del amor. Así como Jesús está marcado con el sello de su Padre (Jn 6, 27), así el discípulo está marcado y sellado para la misión con la unción del santo Crisma. Ésta le concede una fuerza especial del Espíritu Santo para la misión, configurándolo al modo de vida apostólico.

579

Todo el itinerario formativo del discípulo deberá llevarlo por el exigente camino de ser otro Cristo al servicio del mundo, sobre todo, allí donde se dan las urgencias más apremiantes, las injusticias más altisonantes, los desafíos más instigantes.

CONCLUSIÓN: EL DISCIPULADO EN AMÉRICA LATINA HOY

Formado por la identificación total a su Señor y por la pertenencia a una comunidad de amigos en ese mismo Señor, el discípulo es enviado al mundo para allí construir y hacer crecer el Reino de Dios, ya presente en la misma persona de Jesús. Su misión, sin embargo, la vivirá en profunda unión con su comunidad, donde es llamado a compartir sus angustias y esperanzas y amorosamente invitado a vivir la comunión que deberá regalar a los demás.

En la vida comunitaria se desarrollarán, entonces, los diversos liderazgos, ministerios y servicios, en los cuales el discípulo entregará y perderá con gusto su vida, a ejemplo de su Maestro e identificándose con él, hasta culminar en la pasión y en la cruz, con la esperanza firme en la resurrección.

La misión que el Señor encomienda a sus discípulos es hacer discípulos mediante la predicación de la Buena Nueva, bautizándolos e iniciándolos en la vida cristiana, y practicar la caridad para con los pobres y abandonados. Esa misión exige una preparación adecuada y pertinente a las necesidades de cada estado de vida, época y lugar. Una verdadera formación al discipulado debe tomar en cuenta la realidad del discípulo y del ambiente en que vive, de su contexto social y cultural, a fin de darse en adecuación a su realidad, redundando en un real servicio a ésta.

Es así que se requiere hoy, en el momento complejo y desafiante que vive el continente latinoamericano, proyectos de formación exigentes y diferenciados según las diferentes categorías de cristianos. Partiendo del

suelo común del bautismo, donde se radican todas las vocaciones, habrá que repensar en adecuación al tiempo y el espacio en donde se vive, los programas y proyectos de formación que puedan atender obispos, presbíteros y cristianos laicos, hombres y mujeres, jóvenes y adultos, y consagrados de todo tipo. Cada uno y cada una deberán poder encontrar, en disponibilidad por parte de la comunidad eclesial, la propuesta de formación que necesita o el apoyo para seguirla, a fin de poder responder a los desafíos que le son puestos por la realidad.

En los documentos del magisterio latinoamericano (Río de Janeiro, 2; Medellín 15,11; Puebla 153, 155, 369; Santo Domingo 45, 49, 51, 57, 193) se ha insistido en la formación de los creyentes para ejercer servicios y ministerios en diversos campos de acción pastoral, con énfasis en la preparación doctrinal y espiritual, en un sólido conocimiento de la Biblia, en la profundización en la dimensión social de la fe y en una seria y permanente capacitación litúrgica.

Además, en la formación integral del discípulo se deberá tener en cuenta –al lado de retiros espirituales, cursos de teología, programas de formación litúrgica– un sólido énfasis en la capacitación para la actuación en las distintas actividades en el mundo y en la enseñanza de la doctrina social de la Iglesia en orden también a una acción social diversificada en una gran cantidad de ambientes: movimientos sociales, economía, y una “actuación política dirigida al saneamiento, al perfeccionamiento de la democracia y al servicio efectivo a la comunidad” (Santo Domingo, 193). En un continente tan marcado por la injusticia y la opresión, ese conocimiento con vistas a una actuación política y búsqueda del bien común es seguramente una necesidad apremiante y los discípulos de Jesucristo no pueden estar ausentes de ello (*Octogésima adveniens*, 4)

Así, el discípulo que hoy tiene los oídos despiertos y abiertos por la Palabra del Señor podrá abrir su boca y entregar su cuerpo y su vida en una misión que es la del mismo Jesús: el Reino de Dios, la gloria del Padre. Los frutos de ese discipulado dependerán en mucho de cuán estrecha sea la unión de amor que ese discípulo tendrá con Jesús, ya que sin él nada puede hacer y que separado de la vid no podrá dar frutos abundantes y duraderos (cfr. Jn 15,5). Porque “el amor crece a través del amor”.

El amor es “divino” porque viene de Dios y nos une a Dios, y, a través de este proceso unificador, nos transforma en un nosotros que supera nuestras

divisiones y nos hace ser uno solo, hasta que, al final, Dios sea “todo en todos” (1 Co 15, 28) (Dios es amor, 18). Sólo este amor es clave para comprender y practicar el discipulado cristiano en el mundo de hoy.

BIBLIOGRAFÍA

FARMER W., ED. *The International Bible Commentary, Collegetown, The Liturgical Press, Minnesota, 1998.*

FISCHER, GERSON, *Em tempo de discipulado - Cartas gerais.* Encontro Publicações, Curitiba/PR, Brasil, 1999, 172pp.

MOINGT, J., *El hombre que venía de Dios,* Desclée, Bilbao, 1999.

PALÁCIO, C., *Jesús Cristo: história e interpretação,* Loyola, São Paulo, 1980.

RAHNER, K., “Theós en el Nuevo Testamento”, en *Escritos de Teología,* Taurus, Vol. IV, Madrid, 1975.

SOBRINO, J., *A fé em Jesus Cristo. Ensaio a partir das vítimas,* Vozes, Petrópolis, 2000.

TORRES QUEIRUGA, A., *Repensar a cristologia,* SP, Paulinas, 2001.

ZUKOWSKI R., ELVIRA, “El discipulado como un ministerio de cada creyente”, en *Revista Iglesia y Misión,* Vol. 3, No. 3.

